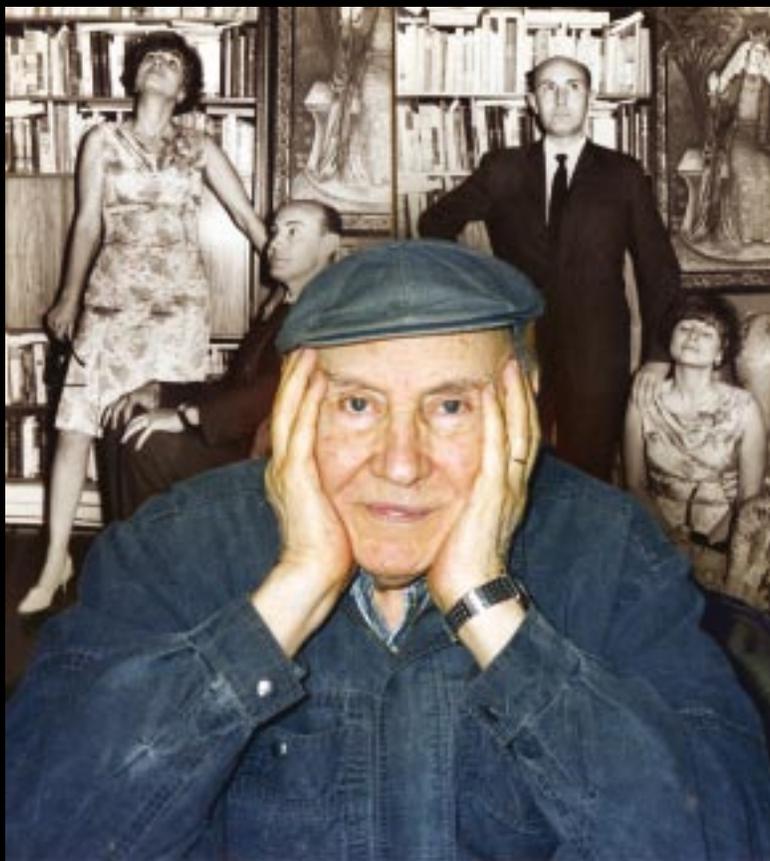


# Horacio Armani

  
EDITORIAL  
Victoria Ocampo



## POR AMOR AL MAESTRO

FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO

HORACIO ARMANI

POR AMOR  
AL MAESTRO



EDITORIAL  
Victoria Ocampo

Primera Edición: 2014.

© Fundación Victoria Ocampo

Sarmiento 1562, 2o "6"

Tel./Fax: 4382-6034

(1042) Buenos Aires, Argentina

fundacion@victoriaocampo.com

Queda hecho el depósito que prescribe la ley N° 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Armani, Horacio

Por amor al maestro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Victoria Ocampo, 2014.

52 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-1198-69-6

1. Narrativa Argentina.

CDD A863

## Ya cerca del final

Noticia acerca de unos textos inéditos de Horacio Armani (septiembre 1925 - mayo 2013).

Ya cerca del final de su vida escribía con pasión e impaciencia, apresuradamente, como si supiera que el tiempo se le iba de las manos, como el agua se escurre entre los dedos. Quizá lo sabía sin querer saberlo. No sé. Escribía en papelitos, en una servilleta doblada que encontraba al lado de la taza de café, en la página en blanco de una propaganda cualquiera, en el dorso de un sobre usado. Corregía, tachaba, volvía a corregir. Por las tardes subía a su escritorio y pasaba lo escrito en la computadora y lo imprimía. Cuando ya no pudo subir las escaleras porque se quedaba sin aliento y jadeaba, no le importó y guardó los borradores en una carpeta en el cajón de arriba de su cómoda, entre camisas blancas. Cuando ya no pudo levantarse ni hablar, señalaba el lugar con la mano y una sonrisa.

Todavía hasta dos semanas antes de cerrar su puerta se entretenía mirando libros y papeles.

Después de las revisiones no quedó mucho, casi no quedó nada. Pero lo que dejó, menos de media docena de poemas, es como una suerte de felicidad, el encantamiento de un alma sostenida por y para la poesía, su reino hasta el último aliento.

Sin embargo, todavía hay papeles con una línea suelta,

versos como flores marchitas antes de ver la luz que siguen dado vueltas por la casa igual que su mirada o su sonrisa melancólica.

He agregado una pieza en prosa escrita entre 1998 y 1999. Un cuento de suspenso, *Por amor al maestro*, cuyos protagonistas son dos poetas y un tercero en un segundo plano. Nunca antes había escrito un cuento. Fue el único. El tema: una forma de fidelidad equivocada.

Este pequeño homenaje que doy a los amigos es un testimonio de amor, de admiración y de entrega. Como tal les pido que lo reciban.

MEV

# Poemas

## Albas doradas en el cielo lento

a ME

Si la paloma de altas alas fuera  
la dicha que se eleva con el viento,  
si pudiese cruzar la primavera  
como pasa en tu voz el aire lento,  
no quedaría nube ni elemento,  
ni camino sin fin que no tuviera  
el rostro tuyo, la pasión primera  
que a cada instante sueña el pensamiento.

Convertida en un mar va tu figura  
diluyendo las sombras y el aliento  
de la belleza más azul y pura,  
iluminando todo el sentimiento,  
creando rayos eternos de ternura  
y albas doradas en el cielo lento.

¡Cuántas cosas distraen la memoria  
hasta que llegas tú con tu sonrisa  
y sin saberlo creas otra historia  
que un poema en tus párpados desliza:  
la voz de la pasión, la luz, la gloria  
de quien no sabe que el amor hechiza!

Cuando tu alado rostro se perdía  
en la niebla fugaz del pensamiento  
por senderos eternos de poesía  
volvías con el rostro dulce y lento.  
¡Cómo anunciaba el alba al mediodía!  
¡Cómo ardía en la luz tu suave acento!

No quedará ni nube ni elemento  
que no tenga tu risa o tu mirada.  
El aire de la vida será lento  
para beber de ti la luz callada.  
La luz de la belleza demorada  
en tu voz, en tu risa y en tu acento.  
Y cantará la vida enamorada  
de ese dios que creó tu sentimiento.

## **Esa pura belleza destinada a ser cielo**

Conozco tantos poemas de memoria que a veces  
Me olvido hasta de mí.  
Las cosas y los días y los sueños parecen  
El infinito mundo de versos que viví.

Son versos que nacieron conmigo, son estrellas  
De un alba en que vivías eterna para mí.  
Recién he comprendido cuántas luces tan bellas,  
Tan dulces desde cielos remotos en tus ojos viví.

Eres pájaro y vuelas, eres sonido y cantas,  
Eres pura belleza destinada a ser cielo:  
Eres mil esperanzas que unifican su anhelo  
En un enjambre de alas al despertar.  
Tú exhalas la vida que te dieron y que al pasar regalas  
Como si fueras sólo la alegría del vuelo.

Del vuelo que ya nunca regresará por mí.

## Una desesperada luz en la memoria

Ahora vives temblando y respirando  
una sombra liviana, una memoria  
que se agita en sí misma.  
De todos modos, la materia  
de tu corazón  
no es ese polvo quieto que vaga hacia la muerte  
sino esperanza de fluir, de levantarse  
en goteos de luz hacia las ramas  
últimas del olvido.  
Oh, no sabes, no sabes  
cuánta espera luchó con tu memoria.  
Y ahora estás aquí, mordiendo ese recuerdo  
inútil ya para encender la sombra del pasado,  
grito hundido en la carne  
que va a morir, que muere por morirse  
y donde estás perdida al fin, llamándome,  
lamentando el final de los días  
espléndidos del beso.

## **Alma que al alba del amor naciste**

Alma que al alba del amor naciste,  
alma sola, alma viva en el pasado,  
recuerdo hundido en frágiles azules  
o quieto y lento de melancolía:  
ven, que aquí está tu vida;  
ven, que todo gira alrededor:  
luces, pasado enamorado, anunciando  
la rosa de la muerte.  
Tú, luz de carne perdida; tú, poema  
sujeto para siempre en la memoria.

El pájaro que asoma veloz y triste entre los árboles  
renacerá en tus ojos  
cantará eternamente.

## **Animales sombríos**

Vahído de estar solos con aquel que no somos,  
río de hastío  
que anda sin moverse hacia nunca,  
ganas de huir por el camino de la muerte:  
huir, saltar,  
anonadarse en nada.

Este es el viento del sudeste,  
este es el viento en cuyo aliento  
vivirás todavía,  
este es el viento en que el deseo  
se disuelve en lloviznas, hueso puro de rabia.  
Generaciones de hojas anulan la esperanza.

Día manchado por el mal, día insepulto  
en qué playa de olvido resplandece el deseo,  
ya que el dolor de ser ha querido asediarnos,  
romper esta mañana con su puñal temible,  
roer la voz en la basura del pasado.

Así es tu dios: una lluvia final agoniza en el tiempo  
y su color vetado de ojos muertos sonríe

y se alza con fulgores de inocencia terrestre  
en la luz loca de los pájaros.

La vida es un furor de animales sombríos.

**Por amor al Maestro**

El 4 de octubre de 1938 Marcos Ledero murió de un paro cardíaco. Su desaparición consternó al ambiente literario, pero especialmente a aquellos que vivimos en el mundo de la poesía y a toda una generación que creció a su sombra: Ledero era nuestro maestro y su figura y su obra quedarán para siempre en la historia de nuestras letras. Los diarios, al día siguiente, publicaron grandes biografías y estudios sobre su creación; no omitieron, por supuesto, el Premio Nobel que obtuvo en 1925 y que llevó su nombre a la cumbre de la poesía americana. El recuerdo de sus admirables *Odas nupciales* circulaba en las necrologías, escritas por admiradores suyos o por poetas periodistas que sobrevivían en la mediocridad soñando con componer aunque sólo fuera un verso en el cual resplandeciera su genio. Marcos Ledero tenía al morir 68 años, pero se encontraba en plena producción creadora. Esta es la historia de una amistad vivida en la admiración y no quisiera que se ignore después de mi muerte, porque he inmolado mi destino para que su obra perdure incontaminada a través de los tiempos. Su poesía estaba ya en la plenitud y en el apogeo de la fama. ¿Quién no leía por entonces aquellos admirables dísticos de su *Sonata para un rostro en gris*, cuyos versos sirvieron a las

generaciones posteriores como títulos de libros publicados a la sombra de su influencia?:

*Es un manual de espumas la voz a ti debida:*

*Espadas como labios pueblan su larga herida.*

*Residencia en la tierra del rayo que no cesa:*

*Donde habite el olvido vivirá tu belleza.*

Siempre recordaré aquella tarde de septiembre en que llegué a su casa estremecido y temeroso con un puñado de pobres versos míos en los bolsillos. El miedo y la admiración se confundían en mí con un oscuro sentimiento: conocer a un gran artista que se ama, suele ser casi siempre una desilusión. No lo fue aquella vez. Todo, desde el apretón de manos afectuoso hasta la mirada azul y lúcida que transparentaba al mismo tiempo una curiosidad recelosa y una cálida complicidad, hizo que me sintiera cómodo y rendido ante la personalidad del poeta. La timidez me venció al principio, pero poco a poco fui abriéndome al encanto de su voz, al dejo misterioso de quien sabe que recibe al novicio esperanzado en hallar respuestas a su sed y comprensión para ese único tormento que asedia a quienes se hermanan en una misma causa. Hablar de poesía con él era como entrar en una catedral más vasta que cualquier obra humana; las luces que la poblaban eran incorpóreas pero flotaban en el espacio como las figuras de Veronese. -La vida está hecha de unos pocos momentos –me dijo–, y la poesía debe apresarlos y transformarlos en algo eterno. No fuerce las ocasiones, ellas vendrán a usted en el instante más imprevisto y surgirán en el verso como si estuvieran ya ideadas para que

uno las reciba y las ordene: el poema más puro es el menos meditado, a condición de que le hayamos entregado, sin sospecharlo, zonas enteras de nuestra vida.

Leyó con benevolencia mis versos. Aquellos borradores, que aún conservo por el solo hecho de que él los había leído, le merecieron algún gesto de beneplácito y aprobó complacido espaciados versos que eludían —ahora puedo decirlo— la mediocridad general de mis divagaciones.

¡Cuánto aprendí de él en los años que siguieron! Creo que no he dejado pasar semana sin verlo: su palabra me era tan necesaria que me parecía no poder escribir una sola línea sin tener presente su voz, sus consejos. Muchas veces, ante una situación difícil en el texto, me preguntaba cómo habría resuelto él ese pasaje, de qué manera, invocando sus opiniones, podría seguir adelante en mi poesía. Sin duda, mucho de él —¿cómo no confesarlo?— se expandía a mi pesar en mis versos y transformaban mi voz en otra: yo era como su doble, un doble menos dotado que aspiraba a lograr su tono, misión imposible en la que se desgranaban mis días. De cualquier modo, cuando la admiración nos ciega, nuestro hacer no interesa. ¿Qué me podía importar mi pobre obra al lado de los dones que recibía de quien parecía haber alcanzado la sabiduría plena de esa diosa versátil que es la poesía? Por eso, no me afectó demasiado cuando se negó a escribir un prólogo para mi tercer libro de poemas. Comprendí que sus ocupaciones eran muchas. Se encontraba entonces dando término a su magnífica *Cantata para los héroes de nuestro tiempo*, que le valió el Premio Nobel, y estaba

finalizando su traducción del *Infierno*, de Dante, en la cual había trabajado durante años. Un prólogo habría significado apartarlo de esa tarea gigante y la posteridad me lo hubiera reprochado. Mi libro, pues, apareció sin esa introducción, y tuvo una resonancia crítica discreta: no faltó quien señalara la influencia del Maestro, pero ese reparo, en vez de afectarme, me llenó de placer. Algún día podría yo escribir con mi voz propia y mi poesía sería digna del mentor que yo había elegido.

Los años se sucedieron bajo esas alternativas favorables: mi admiración por la poesía del maestro corría pareja con el sólido prestigio que día tras día acumulaba. Una tarde, de regreso de un viaje que debí realizar al interior del país, lo hallé acompañado de un joven longilíneo, de ojos saltones y cuya nariz aguileña sobresalía como el pico de un cuervo en medio de una barba hirsuta y desagradable. Fui presentado. Se trataba de Romualdo Visca, un poeta mediocre que había publicado dos libros y obtenido, por uno de esos misterios de la promoción literaria que tienen mucho que ver con el amiguismo y nada con el mérito, un aluvión de elogios por parte de la crítica. Su poesía me parecía abstrusa e incomprensible, como si fuera el otro polo de la armoniosa profundidad del Maestro.

Pensé que se trataba de una visita ocasional y efímera, pero las semanas siguientes me demostraron lo contrario. Se había establecido entre ellos una amistad que no lograba explicarme y lo que me resultaba más incomprensible era que el Maestro parecía admirar la poesía de Romualdo. Sus visitas se hicieron más frecuentes y a veces sentía que yo incomodaba esa relación. Por

uno de esos extraños giros del destino, pasé a ser casi un elemento perturbador en una amistad intelectual que día a día se afianzaba en sobreentendidos e inadvertibles guiños de convivencia. Me sentía cada vez más un extraño y notaba, con frecuencia, que mi presencia interrumpía un diálogo que, en el más puro plano intelectual, parecía perfecto y sin disidencias. Pero hubo un acontecimiento que interrumpió esa armonía o, por lo menos, introdujo una fractura en el ambiente de esa amistad fraterna que los ligaba. La salud del Maestro comenzó a flaquear. Empezaron a manifestarse en Ledero ciertos disturbios circulatorios que obligaron a distraer nuestra atención de los problemas puramente literarios y estéticos que por entonces nos preocupaban. Cierto es que yo, aunque trataba de comprender y compartir las nuevas tendencias a que se mostraban afectos el Maestro y Romualdo, me sentía como excluido de ellas. No comprendía por qué la poesía de aquél iba cambiando gradualmente y lo atribuía a la influencia nociva del nuevo discípulo, cuyo torrente discursivo minaba sin pausas la antigua concepción creadora del Maestro.

Una tarde, sobre el escritorio de Ledero, hallé abierta una copia mecanografiada del nuevo libro de Romualdo. Los versos que inauguraban el original (“Con zapatos de esponja / como hebras de un cable / pedazo a pedazo, / lo concreto y lo vacío / logras, simulador, / pestilencia inalámbrica, / la buena dádiva / que viene de lo alto”) me parecieron la negación de la poesía, el acta de defunción de un arte que hasta entonces el Maestro había exaltado con sólidas teorizaciones. Ledero me sorprendió inclinado sobre el texto:

—Este es el nuevo libro de Romualdo —explicó—. Me ha pedido que le escriba el prólogo y pienso que sería justo tratar de explicar a los lectores qué se propone el poeta con esta nueva tendencia.

—Maestro —no pude menos que decirle—: usted siempre se manifestó contrario a este tipo de poesía. ¿Cómo no advierte que esta cerebración de la materia poética coarta la espontaneidad del sentimiento y obliga al lector a un esfuerzo de interpretación cuyo resultado tal vez no valga la pena? ¿Cómo puede Ud. alentar una estética tan diferente de la suya o, por lo menos, tan distinta de la que hasta hace poco seguía Ud. y que le ha valido el lugar de privilegio que hoy ocupa en la literatura americana? —Comprendo que pienses así, y quizás no lo entiendas nunca —me dijo—. Pero hay un momento en nuestra vida en que nos son reveladas verdades que no sospechábamos. El arte no es estático, Diego. Por el contrario, debemos avanzar cada vez más y tratar de agotar las posibilidades que Dios nos ha acordado. Es como abrir un túnel en la nada y debemos seguir cavando en él sin saber hacia dónde nos llevará.

Notó que no me convencía. Se dirigió entonces hacia un cajón de su escritorio, lo abrió y sacó unos originales que me leyó: eran sus últimos poemas. No puedo decir el extraño sentimiento que me embargó. Era como si el admirado poeta de tantos conmovedores versos se hubiera derrumbado en una serie ininteligible de frases que nada me decían. Notó mi desilusión, pero siguió leyéndome, hasta que imprudentemente lo interrumpí: —Maestro —le dije, sin poder contenerme—. Esto que Ud. me lee es como la muerte de su poesía. Nadie podrá reconocer ya

al admirado autor de *Sonetos principales*, y quizás Ud. pierda su público sin que pueda predecirse que conquistará otro semejante. –Ay, Diego –exclamó–. Me temo que tu concepción de la poesía sea demasiado limitada y que no hayas llegado todavía al grado de comprender lo que significa evolucionar en el arte.

De pronto comenzó a ponerse pálido y me alarmé. Sufrí como un ligero desvanecimiento y corrí al teléfono para llamar al doctor Martínez, que venía siguiendo la evolución de su enfermedad. El médico me dijo que el estado del Maestro era muy delicado, que había que evitarle emociones, que su corazón estaba fatigado y el más leve contratiempo podría desembocar en un resultado fatal. Recetó un específico, del cual debería tomar diez gotas por las mañanas y otras diez por la noche, pero recomendó por sobre todo ahorrarle preocupaciones y esfuerzos. Desde entonces, todas las noches, al retirarme, cuidé de darle la medicina prescrita, porque sabía que el Maestro era olvidadizo y se llevaba poco del consejo de los médicos.

Los días que se sucedieron no fueron fáciles para mí. Por un lado, la enfermedad de Ledero; por el otro, su cambio de estética, que le atraería seguramente un gran desprestigio y, por consecuencia, el derrumbe de su ánimo. Menos importante, pero igualmente molesta, era su decisión de escribir el prólogo para la mediocre obra de Romualdo.

No fue una época feliz de mi vida. Durante muchos días las cavilaciones no cesaron de atormentarme, ya que me parecía un sagrado deber de amigo, de admirador entrañable de la lírica del Maestro, conservar su imagen ante la opinión contemporánea y,

desde luego, ante la posteridad. Pensaba qué es más importante para un ser humano: si la gloria a la que su obra le ha conducido o el libre albedrío de sus actos, por errados que éstos fuesen. ¿Era más válido la caída en la mediocridad por una falsa convicción o el resplandor permanente de la fama que su obra anterior le había ganado?

Me encontraba perdido entre estas reflexiones y sentía que el fuego incesante de la augusta Poesía parecía indicarme, en medio de tantas incertidumbres, un camino de salvación.

Corrió el tiempo y los acontecimientos se precipitaron. El prólogo para el libro de Romualdo estaba terminado. El Maestro, como consciente de su enfermedad, trabajaba constantemente: sus nuevos poemas, los poemas que destruirían su fama, estaban también terminados y realizaba las últimas correcciones antes de darlos a la editorial. Así, impotente ante los hechos, sobrevino aquella noche aciaga del 3 de octubre de 1938. No sé por qué extraña intuición prolongué esa vez mi visita a su casa. No noté en él nada anormal; se hallaba más bien eufórico. Una vez más me habló de sus poemas, de sus nuevas ideas estéticas, con tal convicción y sinceridad que venció mis resistencias.

Le hice algunas preguntas y sus argumentos me fueron ganando hasta llegar a la vaga certidumbre de que quizás yo estuviera equivocado y su nuevo camino sería un paso más firme para la culminación de su obra. Así se lo manifesté y se mostró alegre de que lo reconociera. El problema de la poesía es tan vasto que nadie puede arrogarse el derecho de creerse dueño de la verdad absoluta. Por lo demás, eran muchos los

ejemplos ilustres que certificaban su posición, muchos los que en determinado momento de sus vidas habían cambiado de estética y logrado un triunfo perdurable. Recuerdo que esa noche hablamos de Blake y de Mallarmé, de Rimbaud y Valéry, de Eliot y de Joyce. Habíamos llegado a un punto tal de comunión que, al retirarme, luego de prepararle las gotas que tomaba por las noches, no sé por qué lo abracé con fuerza, intentando transmitirle todo el amor y la gloria que le deseaba en su nueva aventura.

Lo que siguió lo he contado al principio. A la mañana siguiente, al escuchar la radio, me enteré de su muerte. Corrí a la casa, lo vi a Romualdo, desencajado y torpe, saludé a los familiares, hablé con los amigos y los escritores que desfilaban por su velatorio, lo acompañé hasta el cementerio con los ojos secos y una acre sensación en el paladar. Los días pasaron insidiosamente, como si ya no existiera una razón de vida. Me parecía imposible no poder gozar más de su presencia, no escuchar su voz, no sentir su cálido ademán protector. Me quedaban sus poemas, esa fuente vital de su espíritu, que leía una y otra vez tratando de encontrar razones, justificaciones para una ausencia a la que nada consolaba.

Extrañamente, el libro de Romualdo no llevaba el prólogo del Maestro cuando apareció. Tampoco se encontraron sus nuevos poemas. Los originales habían desaparecido y no se supo a qué atribuirlo: quizás en un último rapto de lucidez los destruyó o fueron confundidos por sus familiares con copias inservibles al liquidarse la casa. Se habló, por otra parte,

de un error en la dosificación de sus medicinas, pero esta versión mereció muy poco crédito; pues era bien conocida la enfermedad de Ledero.

Ante las decisiones del destino no habría que formularse preguntas. Quizás haya sido mejor así. Quizás la Poesía quiso ahorrarle un fracaso a quien le había dedicado su vida entera, viviendo cada minuto en el esplendor y la gloria de su descubrimiento.

Esta es la historia de una pasión por la belleza, y así he querido narrarla para la posteridad, ahora que la vejez me presenta un porvenir sin esperanza. Porque aun cuando tengo la más profunda convicción de haber salvado la inmortalidad de una obra, el raro relámpago de poesía que anidaba en esa alma admirable, sé que me espera una eterna noche sumida entre el remordimiento y la culpa.

## DATOS DEL AUTOR

**Horacio Armani** nació en Trenel, La Pampa, en 1925. Residió en Buenos Aires desde los ocho años. Comenzó a colaborar en diarios y revistas desde 1945. En 1956 fue jefe de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional. En 1960-61 realizó estudios de literatura italiana en Roma, becado por el Gobierno de Italia. En 1958 ingresó en el diario La Nación, donde tuvo a su cargo hasta 1990 la Sección Bibliografía del Suplemento Literario. De 1960 a 1966 se desempeñó en la Biblioteca del Congreso de la Nación. En 1965 se casó con María Esther Vázquez. En 1986 fue designado miembro de número de la Academia Argentina de Letras. fue miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Ha dictado cursos y conferencias en Paraguay (1972), México (1974), Uruguay (1976), universidades de los Estados Unidos (1979), en el Institut de Hautes Études de l'Amérique Latine, París (1982), en Madrid (1981) y en Roma (1981).

En 1970 fue invitado por los servicios culturales de la República Federal de Alemania, Francia, Italia y España. Italia lo invitó en 1985, 1986 y 1988. En estas ocasiones realizó investigaciones de índole literaria y entrevistó a grandes escritores para el diario La Nación. En junio de 1999 participó en un coloquio sobre Borges invitado por el SESC de San Pablo, Brasil. En julio del mismo año fue invitado por el Colegio de Altos Estudios de Quirama, Medellín, Colombia, a las Jornadas de homenaje a Jorge Luís Borges y en noviembre intervino en sendos congresos sobre el mismo tema invitado por la Universidad de Estocolmo en Suecia y de Macerata en Italia. En agosto de 2001, invitado al Encuentro Internacional de Literatura y Comunicación en Belo Horizonte, Mina Geráis, Brasil, se refirió

a la relación entre periodismo y literatura. En agosto-septiembre de 2001 fue convocado para hablar de la poesía de Borges en Vallde-mosa, Mallorca, España.

Falleció en la Ciudad de Buenos Aires el 31 de mayo de 2013.

## Obras y premios

**Premio Iniciación** de la Comisión Nacional de Cultura por la obra inédita *Primer libro de poemas* (1946).

*Esta luz donde habitas* (1948). Edición del autor.

*La música extremada* (1952). Editorial Prometeo.

*Conocimiento de la alegría* (1955). Instituto Amigos del Libro Argentino.

*La vida de siempre* (1958). Editorial Tirso. Tercer Premio Nacional de Poesía. 1958-1960.

*Los días usurpados* (1964). De Seijas y Goyanarte. Premio Publicación del Fondo Nacional de las Artes.

*Poesía inminente* (1968). Edit. Losada. Premio Publicación del Fondo Nacional de las Artes.

*Para vivir, para morir* (1969). Finalista del Premio Leopoldo Panero, Madrid. Instituto de Cultura Hispánica, publicado por recomendación de los jurados Luis Rosales, Gerardo Diego y Gastón Baquero. Las dos últimas obras fueron distinguidas con el Segundo Premio Nacional de Poesía (trienio 1967-69).

*El gusto de la vida* (1974). Editorial Emecé.

*Recreos del tiempo* (1978). Editorial Emecé. Primer Premio Municipal de Poesía de la Ciudad de Buenos Aires (bienio 1978-79). Primer Premio Nacional de Poesía (1983), trienio 1976-79.

*Poesía elegida* (1985). Editorial Sudamericana.

*En la sangre del día* (1988). Editorial Sudamericana.

*Antología poética* (1996). Fondo Nacional de las Artes.  
*Imágenes de Eugenio Montale* (2002). Editorial Sudamericana. (Reportajes, artículos y traducciones del poeta)  
*Veneno lento* (2002). Editorial Sudamericana.  
*La poesía que queda* (2006) Editorial Victoria Ocampo.  
*El sueño de la poesía* (2008) Editorial Victoria Ocampo.

### Antologías

*Antología esencial de la poesía argentina* (1981). Editorial Aguilar.  
*La nueva poesía de Salta* (1990). Comisión Bicameral. Salta.

### Traducciones de poesía

*Antología*, de Eugenio Montale (1971). Editorial Fabril.  
*Dino Campana*. Plaquette impresa por Raúl Veroni con prólogo y poemas (1973).  
*Poetas italianos del siglo XX* (1973). Ediciones Librerías Fausto.  
*Poemas inéditos. Poemas elegidos*, de César Pavese (1975). Librerías Fausto.  
*Huesos de jibia. Las ocasiones*, por Eugenio Montale (1978). Librerías Fausto.  
*El vacío que nos invade*. Antología poética de Eugenio Montale (1991). Grupo Editor Latinoamericano.  
*Antología de poesía italiana contemporánea* (1994). Colección UNESCO de Obras Representativas/Litoral. Málaga, España. 2ª edición: Editorial Losada, Buenos Aires (1997).  
*La última luna de junio*. Antología de poemas de Corrado Calabró. Edición de Franco María Ricci, 1995, Milán, Italia.

## Traducciones italianas en prosa

*El espejo que huye*, de Giovanni Papini. Prólogo de Jorge Luis Borges (1978). Ediciones Librería La Ciudad. Buenos Aires.

*Hermana H., libera nos*, novela de Mario Spinella (1969). Editorial Monte Avila, Caracas.

*La memoria de Stefano*, novela de Antonio Barolini (1969). ídem.

## Otras Distinciones

**Premio Dante**, otorgado por la Asociación Dante Alighieri (1975).

**Gran premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía** (1980).

**Premio de Cultura del Consejo de Ministros de Italia** (1982).

**Premio Konex de Platino** a la mejor producción poética desde 1950 (1984).

En 1977 el Gobierno de Italia lo condecoró con el grado de **Caballero Oficial**.

En 1986 dicho gobierno le otorgó el grado de **Comendador de la Gran Cruz de la Orden al Mérito**.

**Premio Internazionale Eugenio Montale 1991**, al mejor divulgador de poesía italiana en el extranjero otorgado por el Centro Internazionale Eugenio Montale en Roma por un jurado integrado por Giorgio Bassani, Attilio Bertolucci, Marco Forti, Mario Luzi, Giovanni Macchia, Geno Pampaloni, Goffredo Petrassi, Vanni Scheiwiller y María Luisa Spaziani.

**Premio Carlo Betocchi** otorgado por la ciudad de Piombino, Italia, al mejor divulgador de poesía italiana en el extranjero. Diciembre de 1997.

En setiembre de 1992 viajó a Bélgica invitado por la Bienal de Poesía de Lieja (al celebrar el 40° aniversario de su creación) y participó de las jornadas “Poesía-Libertad”.

Sus poemas figuran en más de treinta antologías de poesía argentina y han sido traducidos a otros idiomas. Sobre su obra han escrito Martínez Estrada, Francisco Luis Bernárdez, Víctor Massuh, Juan Liscano, Jorge Guillen y otros.

## OPINIONES SOBRE LA POESÍA DE HORACIO ARMANI

“En estos *Recreos del tiempo* se siente la voz siempre sincera de un hombre rodeado de mucha Historia. Me gusta de veras este libro, a la vez intenso y más o menos elusivo, con serenidad. Esa constante lucidez en una expresión –digamos– equilibrada: eso, eso es lo que yo, para mí, también quisiera. Y todo está dicho por una voz noble. (¡Dios mío, qué distancia de tantas cosas!)”.

**Jorge Guillen**

“*Recreos del tiempo* me parece la obra de un auténtico poeta”.

**Eugenio Montale**

“Quiero decirle que en su poesía hallo cierta clase de nobleza, de pulcritud y de finura natural que aun en escritores excelentes no encontramos y que distingue a las especies autóctonas y mestizas de la pura sangre. Cada poema suyo es constelación de belleza, y ante mis ojos tengo el poema “Elementos de la nostalgia”, cuyo final (“Quisiera...”) es sencillamente grandioso. Muchas veces se coloca usted por sobre todos los que hemos hecho poesía aquí”.

**Ezequiel Martínez Estrada**

“Poesía donde todo es figura de la luz, blanco, sombra, resplandor y recuerdo. Naturaleza muerta zurbaranesca: panes y frutas, vuelos de miel y sábanas y manteles tendidos. Diferentes texturas e intensidades de blanco, movilidad de las sombras. Ese libro me ha deleitado porque es pintura, colores y vibración en el claustro de la página. (...) Su hora es el atardecer”.

**Severo Sarduy**

“Ahora sabe cómo obtener una escritura cada vez más esencial, un lenguaje cuyos términos van adquiriendo valor de signos, de símbolos, de cifras, a fuerza de ser sustanciales. Esto es lo que en buen romance puede llamarse clasicismo, dando a la palabra el sentido verdadero, o sea utilizándola para definir el estado de depuración a que puede llegar un estilo”.

**Francisco Luis Bernárdez**

“La solidez de esta obra aparece con claridad en la perspectiva que dan los treinta años transcurridos desde su primer libro y el que ahora comentamos. En *Recreos del tiempo* no sólo podemos encontrar poemas en los que, como el titulado ‘El viejo poeta’, Armani está hablando también de sí mismo, sino que nos da algunas de las pocas páginas perdurables que pueden integrar una severa antología de la poesía argentina contemporánea. Y no es poco decir: pero también sería injusto no decirlo”.

**Raúl Gustavo Aguirre**

“La fecundidad de esta trayectoria se expresa pareja con su alto nivel de eficacia poética (...). Desde el principio la define, en efecto, un tono sin estridencia, equilibrado en sus acentos, no obstante la carga emocional que pone en movimiento a cada poema. El énfasis no se instala en la materia verbal sino en la intensidad del pensamiento poético, no del pensamiento a secas, pues Armani cumple con la proeza de librar a la idea de la abstracción. Así, la imagen opera encarnando el sentido (...). Suele decirse que una poética implica siempre una visión del mundo. En Armani, la visión proviene de su sentimiento dramático de lo histórico: si hay una clave existencial en su quehacer poético, ella se presenta, en efecto, como una tensión permanente entre su universo personal y el contexto histórico”.

**Joaquín Giannuzzi**

“El pesimismo temperamental del poeta viene a ser una forma de la sabiduría (...). Es un modo de desapego previo de lo accesorio, una preparación para lo real y verdadero (...). Notable conquista: un nihilismo anímico que se supera a sí mismo en terrenos de la poesía y que por añadidura nos pone en los umbrales de la ética o, mejor aún, de una estética del comportamiento (...). Este libro extraordinario de Horacio Armani pone su nombre entre los mayores de nuestra poesía. Rango doblemente meritorio si pensamos que se trata de uno de los géneros más creativos, hoy por hoy, de la cultura argentina”.

**Víctor Massuh**

“Armani encontró su propio espacio en la poesía argentina de grandes voces huracanadas, hechizadas (Orozco y Molina), de ascética gimnasia verbal (Girri) o de lirismo puro (Molinari). Su tono es intimista; inclusive habla de sí a través de los otros, como en un excelente poema sobre Dylan Thomas; oscila entre la melancolía, la nostalgia, la suavidad, la evanescencia y la furia, la pasión súbita, el arrebato, la duda entera. Sus descripciones del telurismo argentino son vigorosas, terribles en ocasiones, como cuando describe el Sur antártico o el incendio en la pampa, y contrastan con la miseria vista en la ciudad, con su desolación...”

**Juan Liscano**

## ÍNDICE

Ya cerca del final..... 3

### Poemas

Albas doradas en el cielo lento ..... 6

Esa pura belleza destinada a ser cielo ..... 8

Una desesperada luz en la memoria ..... 10

Alma que al alba del amor naciste..... 11

Animales sombríos ..... 12

### Por amor al maestro

Por amor al maestro..... 14

Datos del autor..... 24

Opiniones sobre la poesía de Horacio Armani ..... 29